

El peligroso terrorismo iraní

EL paulatino deterioro de las relaciones entre Francia e Irán parece haber alcanzado su punto de tensión máxima cuando un supuesto representante del Gobierno de Teherán impidió al embajador y a un grupo de ciudadanos galos residentes en la antigua Persia abandonar el país «por si tenían deudas pendientes».

La actual agitación iraní se justifica, según los portavoces oficiales del Gobierno teocrático de Teherán, porque Francia concedió asilo político «a los terroristas Beni Sadr y Radjeavi», el primero de ellos, hasta hace unas semanas apenas, presidente constitucional del país, y el segundo dirigente de la organización izquierdista Mujaidines del Pueblo. Llamar terrorista a quien hasta hace poco era colaborador del ayatollah Jomeiny y su más fiel seguidor, elegido jefe de Estado por apabullante mayoría, no deja de resultar un dato surrealista, como lo fue su sustitución fulminante por parte de Jomeiny, sin que llegara a explicar con exactitud las razones del «licenciamiento», aunque la capacidad de sorpresa tiene que resultar infinita cuando se trata de analizar asuntos iraníes.

La preocupación francesa en torno a la eventual reproducción de un nuevo conflicto como el de los rehenes norteamericanos, se justifica. La sombra de los diplomáticos secuestrados durante más de un año por supuestos «estudiantes revolucionarios» seguirá pesando sobre la conciencia mundial como uno de los acontecimientos más detestables —y, hasta ahora, impunes— de la edad contemporánea. Pero dado que el delito fue relativamente rentable para los dirigentes islámicos iraníes y no produjo en el plano mundial ninguna conmoción significativa, nadie puede asegurar ahora que la «industria» del secuestro colectivo no vaya a practicarse de nuevo en Teherán.

Lo menos que puede decirse del ayatollah Jomeiny es que, en estos como en otros asuntos, está dando pruebas de muy flaca memoria. Fue en Francia —tierra de asilo—, como suelen decir con excesiva facilidad los políticos galos—, donde se refugió cuando las autoridades iraquíes decidieron expulsarlo sin muchas consideraciones, previa «escala técnica» en la República Islámica del coronel Gaddafi, mucho menos susceptible que las —según él—, «corruptas democracias de Occidente», para acoger huéspedes incómodos. Fue también desde Francia desde donde el santón iraní desplegó una campaña propagandística sin precedentes, con el apoyo del ahora «terrorista» Beni Sadr, que acabó con la huida del Sha y su regreso triunfal a la patria en un avión de Air-France, por supuesto. Las cañas parecen ahora tornarse lanzas para Francia, cuyos dirigentes, en aquella época, no exigieron de Jomeiny la misma discreción que ahora parecen pedir a Beni Sadr y, aunque la historia, cualquier historia, resulta de todos modos irreversible, no cabe duda de que en aquella ocasión la tolerancia ante el estrafalario profeta fue excesiva.

Sea como sea, y en el caso de que se confirmen los más negros presagios, la opinión pública internacional no puede darse el lujo de encogerse de nuevo de hombros, como hizo, en no pequeña parte, ante el drama de los rehenes norteamericanos, y olvidar rápidamente cómo se clausuró aquel vergonzoso suceso, mediante pago de rescate según las fórmulas más ortodoxas del filibusterismo.

Las cosas parecen estar cambiando, afortunadamente, en el medio ambiente internacional. En la Casa Blanca no está ya el titubeante y bien intencionado Carter. En el Elíseo no reina Giscard. Irán sigue metido hasta el tuétano en una guerra olvidada, aunque terriblemente costosa. Y al ayatollah no le sobran precisamente amigos en las vecindades o a nivel planetario. Antes de repetir el «show» de los rehenes, se tentará seguramente la ropa y lo pensará dos veces.

La solidaridad internacional ante un hipotético secuestro puede ser mejor y mayor ahora que en otras épocas. Las autoridades francesas prefieren por ahora olvidar —o aparentar que olvidan— esta eventualidad y presentar un rostro afable y prudente a los enloquecidos guardianes de la revolución. No sabemos si servirá para mucho. Para nada ha servido, aparentemente, que las «Vedettes» paralizadas durante meses en los astilleros galos hayan sido enviadas a Irán. Para nada han servido tampoco las explicaciones más o menos cartesianas ofrecidas por Mitterrand al Gobierno iraní tras el exilio de Beni Sadr. Las cosas siguen como estaban: es peligroso negociar con terroristas, aunque se disfrazen de profetas.

Los muertos en la carretera

El hombre contra el hombre

CADA año, acá y por estas fechas, los medios de comunicación suelen airear las cifras de muertos en carretera. De funciones violentas de esta especie nunca son insólitas: más bien al contrario, y hasta el punto de que nos hemos hecho un tanto insensibles a sus estadísticas. Pero, con lo de las vacaciones del verano, el número aumenta. Son cantidades enormes de gente que, tripulando su coche, se lanzan ahora por esos caminos de Dios, y nunca se sabe dónde y cómo acaba el trayecto. La crisis obvia no parece afectar demasiado estos episodios. Crece el paro, sube la gasolina, todo está por las nubes, y sin embargo, un sector amplio de vecindario todavía se aventura a ir y venir, con prisas para apurar el tiempo, y procurando avanzar al prójimo aunque sea corriendo riesgos. En cierto modo, todo eso resulta bastante lógico. Y es lógico, incluso que el conductor prudente, sobrio y estricto cumplidor del Código de la Circulación, se vea embestido por un colega temerario, con unas copas de más y escasamente interesado en las reglas y las señales viarias. Sería curioso comparar el total de víctimas de estos días con otras de origen diferente e igualmente humano: el terrorismo o las huelgas del hambre, ciertas epidemias, hasta alguna mini-guerra...

Desde luego, no intento meterlo todo en el mismo saco. Sólo me interesa subrayar una evidencia: hoy, el hombre «mata» más hombres que la naturaleza. Quizá siempre fue así. El primer cadáver bíblico, Abel, ya procede simbólicamente de un asesinato. Sólo que, hasta hace cuatro días, el «enemigo» fundamental era la bondadosa Madre Naturaleza, con sus terremotos, sus sequías, sus volcanes, sus inundaciones, sus tornados, sus pestes, sus bestias feroces, su misterioso y maligno comportamiento. Le seguía el hombre. La guerra, por ejemplo. Es difícil establecer con un mínimo de rigor histórico cuántos muertos dieron de sí Atila, Genghis-Khan o el ya más cercano Napoleón. Con la regularización de los ejércitos y las contabilidades estatales, en lo que va de siglo, ya sabemos datos aproximativos, y son tremendos. El hombre y sus artilugios armamentarios son el Gran Jinete del Apocalipsis del siglo XX. De los Cuatro, es el que sigue en pie, amenazador. Los otros tres, con un poco de buena voluntad, se podrían mitigar, y en la práctica se han mitigado. La misma hambre, que continúa haciendo estragos, «podría» remediarse. La esperanza de que a mayor «civiliza-

ción» corresponderían menos hecatombes sólo se ha cumplido a medias. Y lo único seguro es que la Naturaleza hostil ha pasado a un segundo término.

NO conviene exagerar, por supuesto. Las grandes matanzas bélicas de la última época tienen su contrapartida en el proceso de higienización y de medicación tan próspero que hemos conocido. Las «muertes naturales» —de adultos, de ancianos— han disminuido gloriosamente. Los vacíos demográficos ocasionados por las guerras han sido rápidamente cubiertos. No sé dónde he leído que, en el propio Vietnam, había más vietnamitas después de la devastación norteamericana que antes. Lo cual, dicho sea de paso, es otro drama: el de la superpoblación. Cada día hay más niños, más adultos, más ancianos, que exigen alimentos, escuelas, viviendas, hospitales, cloacas, cuarteles, cárceles, televisores, detergentes, coches, ascensores, centrales nucleares, dinero, cosas así. No sé adónde iremos a parar. Sea como sea, el hombre es el adversario más inicuo que tiene el hombre. La realidad cotidiana sobrepasa el viejo enunciado de que «el hombre es el lobo del hombre». ¡Si sólo fuese el lobo! Únicamente un gran esfuerzo de imaginación y de sumar bajas llegaría a proporcionarnos una idea de lo que todos hacemos contra nosotros mismos. Luego podríamos comparar el número con lo que la pobre y ordenada Naturaleza sigue cobrándose. Porque terremotos no faltan, ni sequías, ni inundaciones...

Y el saldo sería «favorable» al hombre. Es el hombre quien provoca las guerras, se demanda en terrorismos políticos o privados, indirectamente interviene en lo que antes sólo parecía una peripetia meteorológica, facilita las epidemias, acentúa la explotación de sus congéneres, le «hace la vida imposible», que es, como dijo alguien, una forma de asesinato... De pronto, en un territorio cualquiera, se desencadena una calamidad «natural», y los periódicos ponen en sus titulares los miles de muertos y heridos, como si fuese algo excepcional. Bueno: lo es. Pero, mientras tanto, en una aplicación compleja y cotidiana, las víctimas son más abundantes: mucho más. Y, si no, prueben ustedes

a hacer la cuenta. Hay muertes de «fatalidad natural», y son muchas; las hay de «voluntad humana» —o de negligencia, o de desidia, o de torpeza—, y todavía son más. Lo parecen, por lo menos. Y cuando uno lee en los periódicos lo que maquinan las grandes potencias y sus acólitos, y el arsenal que acumulan, el futuro se ennegrece hasta extremos desalentadores. No es que yo sea partidario del «miedo» (y si caemos en esa trampa, apaga y vámonos): se trata de actuar con la cautela debida. El «miedo» es de «ellos»: de los que tienen a su alcance los «botones rojos», la decisión diplomática, el empeño estratégico: cualquier desatino les llevará a la extinción mutua —nos» llevará, pero sobre todo «les» llevará—, y ya tomarán precauciones para que no acontezca nada irreparable.

Cabe la posibilidad del loco. ¿Lo fue Hitler? ¿Lo fue Stalin? No hay sospechas de que lo fuera el camiserio Truman, y las bombas atómicas estallaron. Perdón: explosionaron (¿de dónde se han sacado este verbo?... ¿Y son locos los automovilistas que matan o se matan en las carreteras dominicales o de verano? ¿Y esa sorprendente broma del aceite tóxico, de cuya responsabilidad apenas sabemos nunca nada? ¿Y todo eso acerca de lo que gritan los ecologistas, con más razón que un santo? ¿Y...? La verdad es que nuestras «sociedades», para sobrevivir, han de contar con tales incidentes o accidentes. Pero es el hombre contra el hombre. Un autocar cargado de niños se despeña en un puente inservible, ¿y será la culpa de Obras Públicas? En Obras Públicas ignoraban la existencia del puente letal. El accidente de colza —probablemente anodino— es culpable de un centenar de muertos, o más. ¿Sanidad? Silencio, o medias palabras. Y así sucesivamente. ¿La carretera? Ignoro a qué departamento ministerial pertenece... Y si un Estado ni siquiera sirve para evitar que sus súbditos se maten unos a otros, a conciencia o por casualidad, ya me dirán qué utilidad tiene. Mientras los dos grandes bloques parlamentarios se besuqueaban por unas «autonomías» que a nadie interesan ya, la mesocracia española se da trompazos por las carreteras. Y no me meto con el terrorismo porque, a veces, una censura del terrorismo puede ser interpretada como apología. Este es un país neurótico. Este, y los demás.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Referéndum y OTAN

Señor Director: No quiero entrar en polémica de si España tendría que entrar a formar parte o no de la OTAN.

Pero me encanta tanto interés de algunos señores diputados, que dicen que son muchos quienes quieren un previo referéndum, en el que puedan dar su opinión, antes de entrar en la OTAN.

Pero ¿no es verdad que estos mismos diputados, que lo piden ahora, aprobarán la Ley del Divorcio?

Creo que tendría que haber referéndum para todo, como en Suiza, porque en algo tiene que tomar parte el pueblo, no sólo para votar a unos señores que después deciden a su manera.

J. BRULLES GÜELL

Un alemán en Cataluña

Señor Director: Repetidas veces le he remitido cartas referentes a alguno de los temas que aparecen en esa sección —escritas a máquina, a doble espacio, etcétera, y hasta el presente ninguna de ellas ha sido favorecida con su publicación; tal sea cuestión de criterios o del nombre que le firma. Confiamos en que esta vez haya más suerte—. Recientemente ha aparecido una carta firmada por Herr Weitzmann, que ha levantado un considerable —y justificado— sentimiento de indignación. Por mi parte permitaseme sólo indicar varios puntos concretos:

a) ¿A qué rasgarse las vestiduras de que en Cataluña se hable catalán? El Gobierno alemán es muy conocedor de este punto; no olvidemos que en la Universidad de Heidelberg precisamente, funciona una de las pocas cátedras de Lengua y Filología Catalana que existen en el mundo.

b) Se ha comentado que para comprender determinados problemas es necesario estar inmerso en ellos. Así, es necesario vivir en Estados Unidos para comprender el problema negro; en Cataluña para comprender el catalán, y en Alemania para comprender qué pasó exactamente con el pueblo judío. ¿Por qué, entonces, Herr Weitzmann que vive inmerso en dos de ellos no ha pensado dos veces antes de escribirlos, en la importancia de sus manifestaciones?

Sólo podemos publicar —de forma íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

c) Por motivos profesionales debo tener, a menudo, relaciones con súbditos alemanes; jamás, entre nosotros, se ha dado el caso de surgir discrepancias o problemas sobre tal punto; a lo mejor es debido a que siempre he procurado dejar muy claro cuál es mi posición al respecto. Ellos siempre la han comprendido y aceptado. Tal vez haya influido en ello el que se les haya explicado en una lengua inteligible para ellos, pero entra ya dentro de la lógica, que cuando se viaje o vive en una tierra extranjera, se procure poner cuanto esté de su parte para entender y comprender todo lo que se cueza en aquella tierra. ¿O es que acaso Herr Weitzmann no es capaz de aprender una lengua bastante menos complicada que la suya habitual?

d) Pregunto: ¿Cómo es posible que un súbdito alemán, presumiblemente educado dentro del actual sistema, con su considerable dosis de respeto a las ideas de los demás —Estado libre de Baviera «Freistadt Bayern», etcétera— pueda cometer semejante desatino?

Camil BUSQUETS I VILANOVA

Vulneración del Plan Cerdá

Señor Director: Me atrevo a suponer que para llevar a efecto el Ensanche de Barcelona de acuerdo con el Plan Cerdá, los propietarios de los edificios que deberían formar las cuadrículas o manzanas de dicho ensanche, compraron a alguien al terreno necesario para la edificación de los inmuebles, los cuales profundizan hacia el interior de la cuadrícula, aproximadamente, un quinto de la longitud de la misma con lo cual, terminada de cerrar la manzana, quedaba en su centro un gran rectángulo abierto destinado a proporcionar ventilación a las partes interiores de las viviendas. Todo lo más que en estos rectángulos se ha construido, y sigo generalizando, son construcciones de planta baja que deben servir de almacenes y dependencia auxiliares de los edi-

haya cuadras de vacas en Barcelona, como esta de la calle de Masnou, de Sants. El mal olor es tan grande a veces que invade nuestros hogares y mucho más ahora en verano, hasta nos vemos obligados a tappar los agujeros de la cloaca de la calle, ya que dicha cuadra, hecha toda la porquería de las vacas a la cloaca por una conexión que tienen y están llenas a tope. ¿Qué piensan hacer nuestras autoridades de la Salud Pública de este caso?

C. F. Y OTROS

La «eficacia» de la Seguridad Social

Sr. Director: No recuerdo exactamente el presupuesto de la Seguridad Social, sólo sé que es de muchos céntimos, los suficientes como para exigir (no pedir) responsabilidad, seriedad y un verdadero servicio.

Me refiero al INSS de la calle Balmes, por esta vez dejaremos de lado las largas e ineficaces colas, la ausencia de servicios de información (nadie sabe dónde está nada), los largos desayunos-comidacena (lo digo por el tiempo que se toman) de muchos funcionarios que además no son sustituidos en ventanilla. De los regalos que se atiendan algo bien, mejor no hablar, como tampoco de los retrasos de 8 meses en cobros de pensiones o de dos años en resoluciones de devolución de cuotas; no acabaríamos nunca.

El suceso de hoy no lo tenía catalogado, el señor jefe de Negociado de Convenios Internacionales sobre Seguridad Social, no entiendo que una empresa envíe a uno de sus empleados a gestionar los correspondientes formularios de otros que deben desplazarse al extranjero. Debe ir cada uno de ellos, abandonando por tanto 7 puestos de trabajo.

Supongo que el objetivo será que las empresas tengan un nivel de rentabilidad y eficacia similar al de este Organismo. Ahora sólo nos falta que el señor Sancho Rof aparezca en televisión contándonos los éxitos y avances de su Ministerio —neumonía aparte— en esta materia.

Natalio GONZALEZ

Arturo CANOVAS MECA

Vacas en Sants

Señor Director: Somos un grupo de vecinos que estamos desesperados de aguantar el mal olor de estiércol de vaca que respiramos, por culpa de la autoridad competente, que permite que